

PÁGINAS DE SUDOR Y PURPURINA

La reedición del libro 'Biografía del circo' de Jaime de Armiñán nos sirve de pretexto para ensayar una zambullida acrobática en la literatura de un espectáculo que en sus muchas encarnaciones nos acompaña desde la Antigüedad y que, como el cuento, se alimenta del niño que fuimos.

ADA DEL MORAL

El Circo tiene mala fama y larga vida, como tantas cosas que merecen la pena. Le lastra la virtualidad y lo políticamente correcto. Su música y olores son la carne sentimental del mundo, de cuanto resiste a los afeites y al cencerreo del eufemismo en una combinación perfecta de magia y órganos. De realidad y fábula. De pura potra y esfuerzo extremo. Ha sufrido chaparrones de tópicos y resulta que, en su compleja sencillez, renace y perdura. Nos acompaña desde la Antigüedad hasta todas las posmodernidades posibles con su receta de sudor y purpurina; como el cuento, se ejercita y alimenta del niño que fuimos. Su tierra es nuestro amor y su fin, el olvido contra el cual lucha con la potencia del romanticismo, siempre tan sacrificado... pues es un arte que vive del aplauso, crece a su calor y brilla para lucir ese mar de gente contenida en un microcosmos donde los magos son de verdad y el director el demiurgo supremo, las bestias sabias y los payasos artistas. La literatura se ha empapado de las carpas donde los nombres algo chistosos de sus fundadores y figuras siguen vivos a pesar de que los aplausos sean caníbales y el devenir del Circo, mucho más. Sus magnates, una mezcla de tiranos e implacables banqueros, son también poetas de la acrobacia, tan capaces de desafíos increíbles como de fracasos legendarios. Pero sabed que el champán es necesario en la victoria e imprescindible en la derrota y tienen en la piel la resistencia de sus carpas.

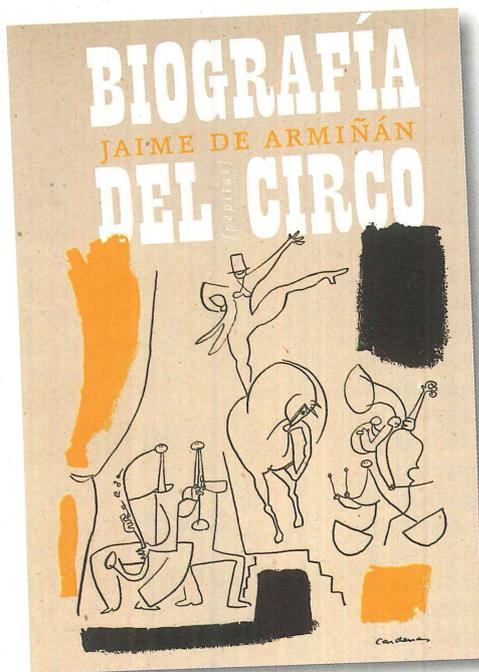
España es cuna de famosísimos artistas circenses o "cirqueros" devotos como Alfredo Marquerie, Ramón Gómez de la Serna, Raúl Eguizábal o Jaime de Armiñán. Los mejores payasos salieron de Vallecas y del Levante. Pinito de oro, canaria, fue trapeicista del Circo Ringling—lo más junto con el de Barnum y el de Buffalo Bill, allá por las Américas—. El mejor ventríloco también nos pertenece, aunque le recordemos poco. Se llamaba Felipe Moreno y era un genio. Lástima que la suerte se emperrara con su hermano, el Señor Wences, estrella del show de Ed Sullivan. También hemos sido fecundos en faquires o ilusionistas de la talla de Canonge, limpiabotas a mucha honra, o el mítico Florences que hasta inventó el cigarrillo eléctrico y no lo patentó porque le hubiera quitado protagonismo a su número.

El Circo se parece un poco a España: camina siempre por la cuerda floja, es autófago y no se da importancia de puertas afuera

El Circo se parece un poco a España: camina siempre por la cuerda floja, no se da importancia de puertas para fuera y es autófaga. Todo

esto lo sabe Jaime de Armiñán, escritor y director de cine, o sea, domador de fieras en su versión suave, la más peligrosa, que lleva a meter la cabeza entre las fauces de la bestia. Armiñán, hijo de actriz y periodista, nieto de intérprete y dramaturgo, apadrinado por toreros y leyendas de las tablas perdidas españolas, es un compañero perfecto para conocer a través del Circo, bendito sea, un siglo y pico de sabiduría e historia que unos darán en llamar *cultura popular* y otros *entretenimiento*. Aunque Armiñán sea tan modesto—asi-

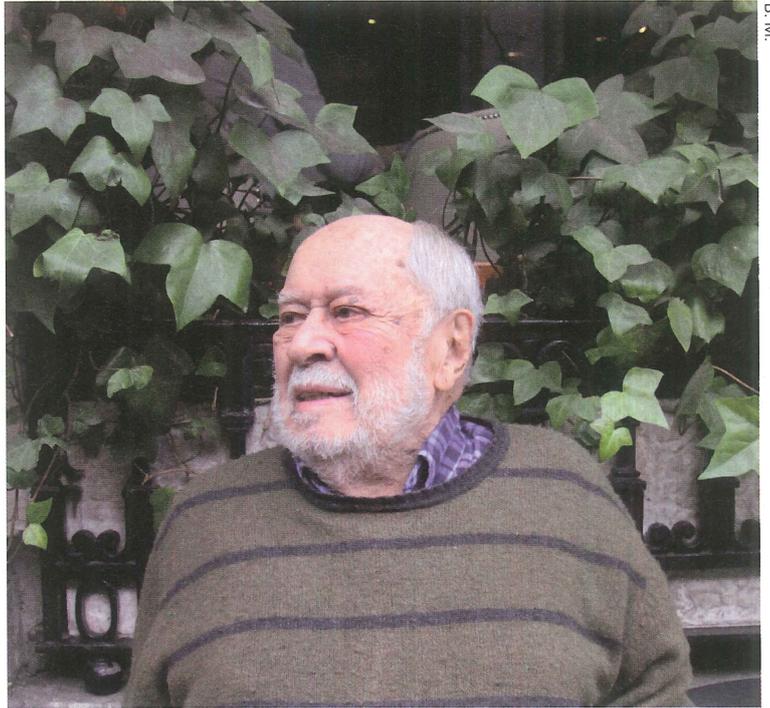
son los mejores— no sólo nos lega un puñado de películas únicas y libros sinceros sino que, con apenas veinte años, se marcó esta completísima *Biografía del Circo*, un ejercicio vertiginoso, realista y poético, crudo y nada melancólico. Mas de medio siglo después, lo ha reeditado la editorial Pepitas de Calabaza con gusto y sencillez. El libro sigue tan fresco. Quizás Armiñán siempre supo que renacer es mil veces más difícil que nacer y es necesario gritar "Vivan Caperucita y el lobo feroz" y crear en el público.



Un venerable jovencito

Antes de hablar de aventuras literarias en el Circo, sumerjámonos en esta su biografía, casi una anatomía, escrita por un jovencito que ahora tiene la barba blanca de los hechiceros buenos, caramelos chispeantes en los ojos y una voz rota y clara de madrileño universal. Parece el tocón de un roble encantado o el dios de un planeta íntimo cuando, con malicia cariñosa, interviene para darle al lector una sorpresa. Tiene tablas... ¿Qué pensaban? Si no esta patria nuestra ya le habría tomado por un canutillo de crema para merendar. Suerte que sabe hacer cosquillas al monstruo con la pluma de un fénix para que afloje, domar a los cabreados con una rosa, conquistar con un terrón de azúcar que amarga y delecta... como su *Circo*, el huevo de donde nació toda su producción artística donde habitan ironía, verdad, sutileza y un adjetivo creado para él: *armiñanesco*. Con eñe de España, no cañí. Sin crueldad pero dando en diana, de aquí pero universal. Sigamos el rastro de sangre y risa de la mano de un ilusionista que te mira y se hace guapo, para comprender que la indiferencia es fatal, que la culpa nunca la tiene la fiera y que un domador con cicatrices es un mal profesional. Porque la sangre no se borra nunca del Circo con toda su belleza disfrutable e inútil fuera de la pista, sus esfuerzos vanos y gloriosos, la miseria de sus vejezes, el heroísmo desafortunado que se cría en las *menageries* de animales y baila como las *écuyères* a lomos de corceles que saben matemáticas.

Empieza la función con la música subyugante que sale de los más sencillos instrumentos hacia la gloria y ya intuimos que el espectáculo es tan antiguo como el mundo y, cuando el director ha saludado al respetable con conejos que desaparecen, los funámbulos aún vibran y el fantasma de Madame Saqui gira en lo alto, llegan los payasos, el *clown* y el augusto —dos caras de una misma moneda, maquillajes distintos, almas complicadas, diferencias sutiles y definitivas— que no son los bufones de las ferias sino el corazón del Circo ya sean los Carpi, Ramper, Charlie Rivel o Pompoft y Thedy. Y aparecen leones y tigrés, los primeros latinos, los segundos germanos por carác-



B.M.

Armiñán, hijo de actriz y periodista, nieto de intérprete y dramaturgo, es un compañero perfecto para conocer a través del Circo un siglo y pico de sabiduría e historia de la cultura popular española.

ter; los elefantes lunáticos con Jumbo, su mártir, la llamada "mascota de dos imperios" y que Barnum, el mítico empresario circense, arrancó a la mismísima Reina Victoria; los

El 'Circo' de Armiñán es el huevo de donde nació toda su producción artística, donde habitan la ironía, la verdad y sutileza marcas de la casa

perros, siempre muertos de amor, que han regalado al humano su más grande anhelo: ser temido; las focas, alegres, delicadas y alérgicas a la monotonía; los pájaros sabios y los monos sorprendentes e inconstantes; los fenómenos satisfechos de vivir de lo que antes fue su cruz; los forzudos, atlas de las carpas, siempre un poco torpes en su falsa fortaleza bondadosa; los saltadores y contorcionistas que nos hacen saber que el Circo fluye siempre, como el agua y la sangre, en un renovar eterno que depende del asombro. No tiene edad y sí la seducción de la itineran-

cia, del viaje y la aventura. Y la maravilla de la *Biografía del Circo* consiste en aprender a respetar un espectáculo que nuestra maldad o devoción puede varar o revivir. La ilusión se encarna en una paloma de colores imposibles que sale de la boca de un domador cuyo látigo hace caricias. El lector se bebe estas casi quinientas páginas y siente, como el pacífico hobbit que nunca iba a ninguna parte, que cuando sigues la música de la orquesta, a saber dónde terminas o cómo empiezas.

Así de peligroso y encantador es el Circo, nunca estático ni obsesivo como los tíovivos de las tristes ferias ambulantes sino preciso y mutable como la vida misma, a grandes rasgos, otra función de circo.

De sus libros

La pobreza mayor / es no llevar un circo en la memoria, / con el equilibrista, que saluda / como debieran saludar los príncipes; / la joven amazona / en un caballo de almidón o azúcar, / los fuegos de artificio del payaso / y un confiable león adormecido. / Todo con residencia en esa zona / que el corazón dispone para ellos.



Fenómenos del circo del codicioso P. T. Barnum, cuya historia cuenta Marc-Pierre Dylan en 'La historia del circo Barnum' (Tombooktu).

Este sentido poema de la cubana Dora Alonso trata de las dimensiones del circo que mezclan realidad, fantasía y emoción. Una cosa es el circo en sí y otra su idea, de donde se sirve la literatura. En el Circo, respetable público, sólo caben sus asuntos y las vidas de sus habitantes transcurren, tras los aplausos, a la sombra. Porque exige siempre la perfección total y, a veces, un descuido es la muerte. Transpira una metafísica acuciada por lo groseramente terrenal. Los leones ensucian sus jaulas, los artistas sudan, la organización es férrea y las caravanas son pequeñas guaridas revueltas. Sin embargo, sirve de metáfora y hasta de experimento: incluso la autoayuda se sirve de él para que la gente encuentre su lugar dentro del "circo de la vida." También entra por los ojos, cosa muy aprovechada por los sabios pioneros del *pop up*. Las *harlequinades* (protagonizadas por Arlequín, payaso en alguna de sus múltiples personalidades) y las *menageries* (conjuntos de animales circenses) fueron muy populares hasta culminar en el glorioso ingenio de papel *Circo Internacional* (1887) del alemán Lothar Meggendorfer, o el *Blue Beard: Pantomime Toy Books* (1884) de los hermanos americanos McLoughlin. Junto a

estos clásicos tenemos legiones posteriores de *pop ups* y libros interactivos como los más actuales *El circo mágico* (Todolibro ediciones) o *Ale hop* (Ángels Navarro y Laura Prim, Combel) y un sinfín más, pues es la excusa perfecta para aprender el abecedario *El circo fantástico de los hermanos ABC* (Primera Sudamericana), para fomentar la solidaridad, el amor a los animales o la diversidad. Ya decía Ramón Gómez de la Serna en *El circo* (1917) que es la plaza de toros de la infancia a la que per-

Los circenses 'freaks' están integrados en la cultura popular gracias al visionario Barnum y a películas memorables como 'La parada de los monstruos'

tenecen también el libro-juego de puzles *El circo. Un acercamiento al arte a través del juego* (N.V.A.A, Ediciones Serres), *Pasen y vean. Canciones del circo* de Silvia Schujer (Atlántida) con CD incluido o *El circo* de Javier Solchaga (Anaya) donde se construyen personajes con objetos reciclables.

Más allá de cuentos, álbumes y *pop ups* tenemos a los juveniles

El tenebroso Cirque Du freak (Lumen), saga de Darren Shan, y *Las Crónicas de la Fortuna* de Javier Ruescas. El primer libro se ocupa de las aventuras de un muchacho y su mejor amigo que visitan un circo poblado de artistas de lo más peligroso cuyas funciones están prohibidas...y es que allí nada es mentira, como el protagonista descubrirá al robar una famosa tarántula. Las simpáticas *Crónicas de la Fortuna* cuentan las aventuras de Kyle, Lavele y Gunnir en un universo de mágicos circenses, un poco en el estilo de *El circo de la noche* de Erin Morgenstern (Planeta) que nos seduce con *Le Cirque Des Rêves* que llega sin avisar, abre sólo de noche y es el escenario de una feroz competición entre dos jóvenes magos, Celia y Marco. Más dedicado al misterio victoriano tenemos a *Wild Boy* (Rob Lloyd Jones, Alfaguara), curiosa serie protagonizada por un crío peludo con la capacidad deductiva de Sherlock Holmes. *Wild boy* trae a colación a los fenómenos, a los freaks, tan integrados ya en la cultura popular gracias al visionario Barnum que los coleccionaba y rentabilizaba (véase *La historia del circo Barnum* de Marc-Pierre Dylan, Tombooktu), y a películas memorables como *La parada de los monstruos* de Tod Browning.

A estas alturas bien se puede decir que inspiran tanto como las musas. Ahí tenemos a Merrick, el hombre elefante, invitado de joyas gráficas como *From Hell* de Alan Moore, protagonista de *El hombre elefante* de David Lynch o de ensayos biográficos de la calidad de *La verdadera historia del hombre elefante* de Michael Howell y Peter Ford (Noema, Turner) que nos desvela a un hombre delicado, amante de Jane Austen, que soñaba ser un guapo caballero y consideraba su profesión de "bicho de atracción" el menor de los males y la manera de ser útil a la sociedad. Quizás en la India le hubieran tomado por Ganesha, el dios elefante; por cierto, este chistecillo le parecía gracioso a uno de los enfermos más famosos de la historia.

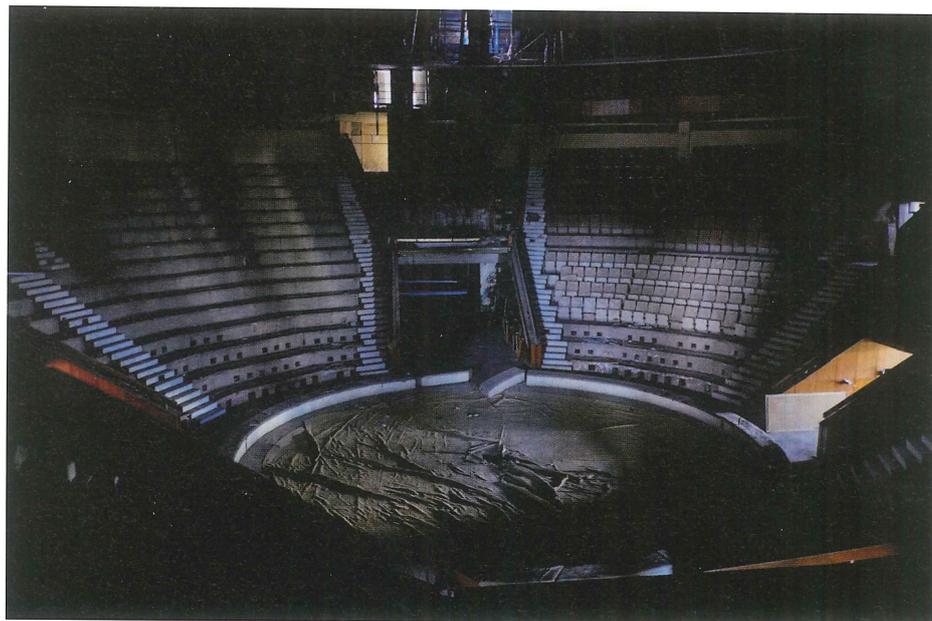
El caso de los enanos tiene su miga. Desde el Hop-Frog y la Trippeta de Poe, los enanos, bufones inteligentes y desdeñados, han usa-

do su astucia y gracia para triunfar a costa de la condición impuesta de "remedo humano". Grandes genios enanos ya nos acompañan para siempre, como el general Tom Thumb, empleado de Barnum, ¡como no!, o Espiridiona Cenda, la muñeca viviente, dama lilitup oriunda de la perla del Caribe, triunfadora mundial y estrella indiscutible de su propio libro, *Chiquita*, de Antonio Orlando Rodríguez (Alfaguara). Y, por supuesto, Tyrion Lannister, porque *Juego de Tronos* no deja de ser un circo...

Miedo al payaso

Y, antes del romance, un poco de horror. Los payasos han sufrido una notable evolución de pobres, desgraciados y entrañables seres a demonios terroríficos, ya sea por causa del asesino John Wayne Gacy que se cepillaba efebos disfrazado de Pogo, o del Pennywise de Stephen King, encarnación del miedo que, en realidad, no es siempre un payaso sino una concreción del temor de la víctima de turno. En definitiva, la fobia a los *clowns* tiene hasta nombre científico: *coulrofobia*. Y el maestro Armiñán sostiene que "asustan más a los niños que a las niñas" y, si nos fijamos, el género femenino no abunda entre esta especie de cómicos. A este limbo *faisandé*, reverso del esforzado reino circense, pertenecen el citado Pennywise, que se lleva a sus víctimas a una feria donde todo *floooota*, el circo *Ilussia* de Mago de Oz, disco extraño que rezuma literatura y metáfora, o el *Lucifer Circus* (Valdemar) de Pilar Pedraza, novela tan subyugante como *Noches en el circo* de Angela Carter (Minotauro) con su maravillosa *aerialista* de quien no importa si sus alas son reales, y que nos invitan a un absorbente recorrido por la era dorada del circo y su búsqueda del más difícil todavía para alimentar a la multitud ávida de novedad e insólitos.

Y, al fin el amor... ¿Quién no recuerda al payaso interpretado por James Stewart en *El Mayor espectáculo del mundo* de Cecil B. de Mille bajo el que se escondía un hombre que había matado a su mujer enferma terminal? Esta historia parece levemente inspirada en *El que recibe las bofetadas* de Leonidas



Aplaudamos para el circo no quede en silencio como el de Chisinau, en la actual Moldavia, considerado el mejor circo estable de la URSS y hoy abandonado.

Andreiev, adaptada un par de veces al cine, la última en 1947, con Ibáñez Menta, que parecía él mismo un fenómeno de prótesis de quita y pon. *El que recibe las bofetadas* trata de un hombre que pide trabajo al director de un circo y le contratan para recibir tortas. Tiene mucho éxito y se enamora de la joven trapecista cuyo padre está dispuesto a entregar a un noble que resulta ser aquel mal amigo que le robó el fruto de sus investigaciones y lo engañó

Los payasos han sufrido una notable evolución de pobres, desgraciados y entrañables seres a demonios terroríficos como el Pennywise de 'It'

con su mujer. Esa tragedia le llevó al circo a reproducir la bofetada que no supo devolver. Al final mata al malvado y se suicida. Ya ven que el amor de los payasos no es siempre alegre... Romance más feliz bajo la carpa es *Agua para elefantes*, excelente *bestseller* de Sara Gruen (Alfaguara), también adaptado a la pantalla grande, donde el circo es un hogar... cuando te cargas al tarado del director que exprime a la *troupe*. El trío entre Marlena la *écu-*

yère, Jacob el estudiante de veterinaria y Rosie, la maravillosa elefanta que sólo entiende polaco, es un homenaje a pobres paquidermos explotados como Topsy, que acabó despedazando al cuidador borracho que le daba cigarrillos encendidos para comer, y fue ejecutada públicamente en plena guerra de las corrientes por el granuja de Edison a quien le sobraba tiempo, después de machacar a Tesla, para liquidar a especies protegidas y convertir la ejecución en una fiesta...o una mala función.

Y, para despedidas, unos cuantos buñuelos: *El pabellón azul* de Ramón Pernas (Tropo) sobre la familia de Augusto Bordino, titiritero, cineasta y actor, amigo de bestias aplicadas y ciudadano del mundo, todo un homenaje a la libertad y a la memoria que son patrimonio del Circo, un universo de luces y sombras para sumergirse y gozar, ya sea en cualquiera de estos libros o en la maravilla visual de Taschen *The circus* (1870-1950) y, desde luego, en una carpa verdadera. Aplaudamos para que no se quede en silencio como el aterrador circo fijo de Chisinau, considerado el mejor de la URSS y que, con algo de la sólida magnificencia de los circos romanos, es pasto del olvido. Quizás el Circo, como el pensamiento, no deba detenerse nunca... 